

¿CAMBIO DE RÉGIMEN DENTRO DE LA DEMOCRACIA? DISCUSIONES INTELECTUALES ALREDEDOR DEL FIN DE LA IV REPÚBLICA FRANCESA

Leonardo Daniel Eiff*

Universidad Nacional de General
Sarmiento – Universidad de Buenos Aires
✉ leoieff@yahoo.com.ar

Recibido: junio de 2015
Aprobado: octubre de 2015

Resumen: El presente trabajo intentará elucidar un momento político: el pasaje de la IV a la V República francesa, que se volvió ejemplar para los estudios politológicos que giran alrededor de las “crisis de los regímenes democráticos”. Sin embargo, el trabajo buscará dilucidar ciertas fallas de la explicación ofrecida por la ciencia política a partir de una reconstrucción de la historia política efectiva y de las discusiones político / intelectuales que suscitó el acontecimiento. En otras palabras, el trabajo se propone contrastar la comprensión politológica clásica reponiendo la historicidad y la politicidad del suceso desde el prisma cadente que ofrecen las discusiones entre los intelectuales.

Palabras clave: régimen, crisis, historia, intelectuales.

Abstract: This paper will attempt to elucidate a political moment: the passage from the IV to the V French République, which became exemplary for studies of political science that revolve around the "crisis of democratic regimes". However, the work will seek to clarify

* Licenciado en Ciencias Políticas y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Becario posdoctoral de CONICET con sede en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Se desempeña como docente de Teoría Política Clásica (UNGS) y de América Latina como Problema (UBA).

certain flaws of the explanation offered by the political science from a reconstruction of the actual political history and political / intellectual discussions that raised the event. In other words, the paper intends to contrast the classic political science understanding replenishing the historicity and the political nature of the event from the prism offering discussions among intellectuals.

Key words: regime, crisis, History, intellectuals.

I. Introducción: consagración politológica y discusión intelectual

Comencemos con una polémica. A principios del siglo XXI, dos viejos compañeros intelectuales en la lucha contra la dominación totalitaria y en la búsqueda de una revitalización de *lo político* se enfrentan a partir de dos concepciones antagónicas de la democracia. Los nombres: Marcel Gauchet y Miguel Abensour. La esgrima surge a raíz de la acusación de “révoltiste” que le lanza Gauchet a Abensour (2008). El primero defiende los fundamentos liberales de la democracia y propone una “política normal”, que deje atrás el culto por la ruptura, la pasión revolucionaria y la imaginiería utópica. Existe una disimetría insuperable entre democracia e insurgencia revolucionaria, ya que la primera hereda al secular liberalismo y la segunda es hija de una visión religiosa de *lo político* que abre las puertas al monstruo totalitario. Así, Gauchet reconsidera la herencia tocquevilleana de la “revolución democrática” y pretender enraizar el abismo democrático y la incertidumbre de la ley en un espacio institucional, cuya constitución supone la crítica de los efluvios igualitaristas de la izquierda intelectual francesa. Abensour polemiza con la noción de “política normal”, en la que engloba al institucionalismo político *tout court*. La democracia no sería un conjunto de normas, reglas y procesos, sino un obrar político que asume la indeterminación última de lo social, la inerradicabilidad del conflicto y la heterogeneidad entre política y dominación. No muy distinta, podemos decir, a la noción de democracia alentada por Gauchet (2002) – en efecto,

la obra de Lefort oficia de tronco común y también es una de las razones de la disputa–, pero la divergencia nace en el correlato de la democracia; para Abensour: la dimensión insurgente. En fin, con esta conceptualización, Abensour recrea el lazo entre la tradición utópica y revolucionaria y la vida democrática.

Dos itinerarios, se dirá, muy reconocibles dentro de la capilla político / intelectual francesa. Gauchet elogia el momento “thermidoniano” de la Revolución francesa y Abensour retoma ese elogio para evidenciar “el giro a la derecha” de su antiguo compañero, vencido por el “efecto Furet”; efecto que ha transformado a una buena parte de la intelectualidad francesa en un conjunto de defensores del orden, de la normalidad.¹ A partir de Thermidor, Abensour traza el camino de la “antidemocracia” francesa, que se remonta a mayo de 1958, cuando De Gaulle arriba al poder. En rigor, le espeta a Gauchet: “*Faut-il alors vous rappeler, à vous qui êtes spécialiste de l’histoire constitutionnelle que la Constitution de 1958 née dans la crise d’une guerre coloniale impitoyable, d’un coup d’État, est tout sauf démocratique*” (Abensour 2008, 16). Pues, para Abensour el pasaje de la IV a la V República se inscribe en una lógica antidemocrática y contra-revolucionaria: “*En termes stricts, cette Constitution est explicitement contre-révolutionnaire: n’est-il pas en effet de tradition républicaine et démocratique (1789-1791, les lois de 1875)*” (*idem*). Dos itinerarios, decíamos, y dos tradiciones: la de la revolución democrática –en sentido “tocquevilliano-aroniano”– y la de la insurgencia democrática. Ahora bien, a partir de esta discusión y de las consideraciones de Abensour sobre la V República surge nuestro trabajo.

En el primer caso, porque el breve repaso que hicimos sobre la polémica contemporánea entre Gauchet y Abensour exhibe que la discusión histórico-política sobre el nacimiento de la V República no está saldada; y aunque la llamada “izquierda oficial” acepte, luego de 1981, las “instituciones gaullistas”, una parte significativa del mundo intelectual y político continúa cuestionando los efectos antidemocráticos, desigualadores, del “poder

¹ Marcel Gauchet fue redactor en jefe de la revista, fundada en 1980 por Pierre Nora, *Le débat*, en cuyas páginas, según François Dosse (1995, 323), se escenificó: “la reconciliación de los intelectuales con los valores de la sociedad occidental, una reevaluación de la democracia, de las Luces y una conversión progresiva al aronismo”.

personal”. De esta manera, podemos entrever que la definición de Abensour entrecruza una perspectiva histórica y una perspectiva política. Histórica: la guerra de Argelia y el golpe de estado. Es decir, la centralidad de un contexto de crisis y de un uso ilegítimo de la fuerza que derribó la república parlamentaria. Y política: antidemocrática. La situación de crisis, el golpe, refuerza las pulsiones antidemocráticas de la política francesa. En suma, el tríptico: guerra colonial, golpe de estado, república antidemocrática, encierra toda una problemática histórico-política que nosotros trataremos de ver.

Comenzamos por el presente; sin embargo, nuestro propósito es repasar un conjunto de textos de algunos de los intelectuales más relevantes del período de cara al acontecimiento de mayo de 1958: levantamiento militar en Argelia, caída de la IV República, arribo de De Gaulle y fundación de la V República. ¿Cómo se interpretaban los sucesos en el momento preciso de su decurso? ¿Hasta qué punto se superponían las diversas posiciones dentro del campo intelectual con las del campo político? En suma, y para hacerlo con un ejemplo, cómo la caracterización definitiva de Abensour: guerra colonial, golpe de estado, república antidemocrática, aparece diluida y problematizada por los actores intelectuales durante ese acontecimiento. No obstante, comenzar por una discusión de nuestro presente político esconde otro fin: situar la polémica frente a una especie de consagración politológica que hace de la transición de la IV a la V República un caso testigo de salvación democrática.

La ciencia política que se enseña en nuestras universidades, parece tener siempre a mano este ejemplo para contrastarlo con el derrumbe de la República de Weimar o con el golpe de estado contra Salvador Allende. Más apegada a los modelos explicativos que a los sinuosos acontecimientos históricos, cierta ciencia política establece una tipología de “estabilidades” “quiebres” y “reequilibramientos” de la democracia, limando, de alguna manera, las asperezas de *lo político*. Así, lo ocurrido en mayo de 1958 queda dentro del cuadrilátero democrático, no por lo que verdaderamente sucedió allí sino por los resultados futuros del proceso: De Gaulle no devino dictador soberano. En rigor, analizaremos la explicación del “caso francés” dada por Juan Linz en su clásico *La quiebra de las democracias* (1987) con el objetivo de desentumecer la lógica de la consagración. Lo haremos a través de una diagonal de actores y acciones: la crisis de régimen, el levantamiento

militar del 13 de mayo y el lugar del General De Gaulle. Dicha diagonal tendrá un marcado espesor histórico-político. Por otra parte, veremos cómo el modelo explicativo de Linz se acerca, a veces casi caricaturalmente, al discurso de los actores. En este sentido, el papel de Charles De Gaulle es fundamental. En efecto, de acuerdo a cómo se piense el vínculo del General con los sucesos –los *niveles de exterioridad*, digamos– dependerá gran parte de la economía argumentativa.

Concretamente, nuestro objetivo es doble y parte de una desconfianza frente al discurso científico de la política que cruza variables y alcanza una explicación debilitando la dimensión histórico-política del fenómeno en cuestión. Objetivo doble, decíamos, ya que por un lado, y en primer lugar, haremos dialogar al enfoque politológico con la narración histórico-política de los sucesos, por otro lado y en segundo lugar, situaremos la narración histórico-política en el seno de los debates intelectuales; para concluir, intentaremos auscultar esos debates en referencia a la tradición francesa o, como diría Rosanvallon, de cara al “modelo político francés”.

Dicho esto, nos gustaría sugerir que no buscaremos reponer la remanida cuestión de la divergencia entre la reflexión teórico-política y la ciencia política, aunque no somos ajenos a esta distinción; solamente nos detendremos en un clásico de la disciplina politológica para destacar ciertas singularidades, y desde allí iluminar los aspectos que juzgamos relevantes. En fin, nos llamó la atención el consenso de la disciplina respecto a lo acontecido en la Francia de 1958 en relación a la serie todavía abierta –como vimos con el caso de Abensour y Gauchet– de debates, polémicas intensas, acerca de la *praxis* democrática de los actores en juego. Por eso, escrutando las razones de constitución del paradigma pretendemos abordar el momento anterior, cuando cunde la incertidumbre que trae consigo la novedad; para iluminar, en ese contexto de intemperie política, teórica e histórica, las diversas enunciaciones intelectuales. En rigor: nuestro trabajo no se erige contra el consenso politológico acerca de la democracia “gaullista”, porque se piensa más allá del consenso, es decir, parte de la frágil e insegura pluralidad de voces y no de las certezas del paradigma.

II. La crisis del régimen, el levantamiento del 13 mayo y el lugar de De Gaulle

Como anunciamos, en primer término indagaremos el lugar que ocupa la crisis francesa del 58 dentro del andamiaje conceptual de *La quiebra de las democracias*.

Juan Linz, a partir de una perspectiva metodológica weberiana y de una crítica de las explicaciones causales planteadas desde la economía y desde una visión de lo social entendida como un conjunto de relaciones de fuerza, pretende comprender la quiebra de la democracia desde factores estrictamente políticos. La politicidad de la comprensión se define a través de la conjunción tres variables: crisis de legitimidad, crisis de eficacia y crisis de efectividad; subsumiendo en las variables los errores de los partidos democráticos y la poca “pasta” de los liderazgos. La legitimidad, la eficacia y la efectividad son distinguibles analíticamente; cuando una crisis aguda las conjuga, hay elementos de quiebre; cuando la legitimidad democrática sobrevive, no importa cuan maltrecha, existe la posibilidad de reequilibrar la democracia.² Obviamente, se parte de una definición minimalista de la democracia y el interés se concentra en la quiebra de esa democracia, científicamente recortada. Pues bien, en ese marco, el pasaje de la IV a la V República francesa es el contraejemplo a lo largo de todo el libro.

No nos ocuparemos de los casos de quiebre, pero sí de lo que Linz llama proceso de reequilibramiento de la democracia, porque allí la transición de la IV a la V República adquiere el rango de paradigma.

¿Qué es el reequilibramiento y cómo se reequilibra la democracia?: “el reequilibramiento es compatible con cambios de régimen dentro del tipo de regímenes democráticos” (...) “una quiebra o una transformación profunda de un régimen, pero no de la legitimidad democrática y de las instituciones

² Legitimidad: “la legitimidad de la democracia se basa en la creencia de que para un país concreto y en un momento histórico dado ningún otro tipo de régimen podría asegurar un mayor éxito de los objetivos colectivos”. Eficacia: “se refiere a la capacidad de un régimen para encontrar soluciones a problemas básicos con los que se enfrenta todo sistema político (la eficacia es juzgado por período largo, más de un gobierno)”. Efectividad: “Por efectividad entendemos la capacidad para poner realmente en práctica las medidas políticas formuladas, con el resultado deseado. Las mejores leyes no valen si no pueden hacerse cumplir”. (Linz 1987, 41-49).

básicas” (*Ibíd.*, 152). Nuestro autor enumera cinco condiciones, claramente extraídas de la situación francesa: 1) disponibilidad de un liderazgo no comprometido con la crisis; 2) el líder debe ser reconocido y aceptado por todo el arco político, desde los llamados leales hasta los desleales; 3) los dirigentes del régimen en crisis deben aceptar y acompañar la transición hacia otro régimen; 4) éstos mismos deben situar a la defensa de la democracia por encima de las luchas partidarias; 5) la indiferencia y la pasividad en el seno de la población durante el *kairos* de la crisis. Sin duda la cuestión del liderazgo es fundamental. Linz dirá sobre el particular, tipológicamente, lo siguiente:

El liderazgo es, para nuestros fines (establecer una tipología explicativa de los quiebres, aclaración mía), una variable residual que en último término no puede ser ignorada; pero no debe ser introducida antes de agotar la capacidad de explicación de otras variables. En algunos casos, sin embargo, su contribución es tan obvia que hay que reconocerla. Por ejemplo, al tratar del reequilibramiento de la democracia francesa en la transición de la IV a la V República. El resultado en aquel momento sin De Gaulle hubiera sido probablemente muy distinto. (*Ibíd.*, 16)

Así, Linz, sin caer en la tentación de la explicación por los grandes hombres –o en la historia aristocrática, defendida por Tocqueville–, pero tampoco en una excesiva mirada sociológica, pretende dar cuenta de este factor. Ahora bien: ¿cómo aunar la variable residual con la hipótesis de que sin De Gaulle el resultado hubiese sido otro? Linz no encara el problema; tampoco plantea la cuestión de la *exterioridad* de De Gaulle: ¿dónde ubicar a De Gaulle en la crisis de la IV república? De esta ubicación, creemos, depende una parte significativa de la elucidación del suceso. En el modelo de Linz, el General es un *Deus ex machina*, con intemporales convicciones democráticas, o, más gráficamente, es la reencarnación del romano Lucio Cincinato. Ya volveremos sobre la cuestión.

La IV República francesa reunía todos los elementos para el quiebre: partidos antisistema, magra eficacia y efectividad (continuas crisis ministeriales, incapacidad para encausar el problema colonial) e insinuación de una crisis legitimidad, incluido un levantamiento militar, que no prendió por el arraigo democrático de la sociedad francesa (fuerte margen de

legitimidad) y, sobre todo, por la figura del General De Gaulle; que es un líder carismático pero, ¡gracias a Dios!, democrático En los días de mayo de 1958: ¿quién es la oposición desleal? ¿Los *parachutistes*, los gaullistas o los comunistas? Para el discurso de la ciencia política, del que se nutre nuestro autor, el partido comunista expresa clásicamente la oposición desleal. No obstante, en el derrotero de la crisis de mayo el PC defiende las instituciones democráticas de la república; sin embargo, su historial vuelve poco creíble esa defensa, que acaba en la ineficaz declamación verbal. Pero ¿sería más leal De Gaulle que no condenaba el levantamiento de Argel hecho en su nombre? Aunque en el esquema de Linz, si el comunismo es un caso de deslealtad, que, a pesar de su profesión de fe democrática durante la crisis, no puede devenir leal, creíble para los demás actores políticos, el gaullismo sería un caso de semilealtad. Características de la semilealtad:

La primera de ellas la disposición de los líderes políticos para entrar en negociaciones secretas para buscar la base de cooperación en el gobierno con partidos que ellos perciben como desleales. Un indicador de conducta semileal, y una fuente de imágenes cuya percepción lleva a cuestionar la lealtad de un partido hacia el sistema es la disposición a animar, tolerar, disculpar, cubrir, excusar o justificar acciones de otros participantes que van más allá de los límites de las pacíficas y legítimas pautas de conducta política en una democracia. (*Ibíd.*, 65)

Es decir: la relación explícita de los gaullistas e implícita del General con el ejército de Argel. Veremos la nutrida red de relaciones entre los impulsores del “*putsch*” de Argel y los gaullistas de la Metrópoli. Ahora bien, ¿qué ocurre en el campo de los leales? Frente a la amenaza al orden democrático, según el autor, existen tres soluciones: 1) fortalecer al poder ejecutivo otorgándole poderes excepcionales; 2) incorporar a parte de la oposición desleal al gobierno; 3) ignorar a los desleales tratando de resistir la amenaza, con el riesgo de desatar una guerra civil. Durante la crisis de mayo del 58, por ejemplo, los políticos socialistas franceses rechazaron la segunda y la tercera alternativa debido a dos recuerdos traumáticos, que oprimían su cerebro político: la situación española del 36 y la de Checoslovaquia en el 48. En el primer caso, la resistencia del gobierno republicano acabó en la guerra civil, en el abrazo de oso de Moscú y en la

dictadura de Franco; en el segundo, la participación gubernamental de los comunistas concluyó con el golpe de Praga y el subsiguiente establecimiento de una dictadura de tipo soviético. En suma, los leales (los socialistas) al rechazar aliarse con los históricamente desleales (comunistas), aunque en la coyuntura aparezcan como leales, abren la puerta para la alianza con los semileales (gaullistas); juntos neutralizan la deslealtad presente –la de los militares de Argelia– y la histórica de los comunistas, y sellan la transición entre ambas repúblicas: Guy Mollet, líder socialista y figura clave de la IV República, será ministro en el primer gabinete del General De Gaulle. En suma, Linz parece hipostasiar la elección coyuntural de los socialistas franceses al nivel de la teoría para concluir que

Esta solución, incluso con el coste de cambios de política, cambios institucionales, el recortamiento de algunas libertades civiles y tener que atraer a algunos líderes semileales, ofrece más esperanzas para el futuro de la democracia que la resistencia y la guerra civil. Estas consideraciones y la presencia de De Gaulle, quien consiguió una considerable legitimidad más allá de sus propios partidarios, permitió a los líderes de la Cuarta República hacer la transición a la Quinta (un raro caso de reequilibramiento). (*Ibid.*, 149)

En síntesis, para el autor la defensa exitosa de la democracia supone un eficaz engranaje del sistema político, la pasividad de la población y el factor aleatorio del liderazgo carismático con convicciones democráticas. Si estos aspectos confluyen la democracia puede ser salvada, como, según Linz, ocurrió durante mayo del 58 en Francia.

Ahora bien, es momento de situar dicha explicación de cara a la narración histórica. Nos concentraremos en dos textos que definen un amplio arco temporal y de sentido y van desde el presente como historia hasta el análisis histórico de un acontecimiento singular. Nos referimos a *La IV^o République*, escrito en 1959 por Jacques Fauvet, y a *L'agonie de la IV^o République*, publicado en 2006 por Michel Winock. Como ya adelantamos, haremos foco en tres nudos problemáticos: la guerra colonial, el levantamiento militar y el lugar del General De Gaulle. No obstante, en los títulos de los

libros evocados figura el nombre de la IV República; se impone, entonces, decir dos palabras sobre la república “*mal aimée*”.

Con Linz vimos algunas características sistémicas que desembocaron en la crisis del régimen: la existencia de un potente partido antisistema, la figura carismática encarnada por De Gaulle, quien no acepta las instituciones de la IV República y busca modificarlas de una manera semileal, los endémicos cambios de gobiernos, cuya consecuencia es la recurrente imposibilidad de forjar coaliciones de gobierno ideológica y programáticamente coherentes.

Desde un punto de vista histórico general anotemos lo siguiente: en los años de la inmediata posguerra, el énfasis estará puesto en la reconstrucción y modernización de la sociedad francesa. Modernizar significa llevar a su conclusión, acelerar, de manera conciente, el proceso de industrialización, urbanización, que se venía insinuando desde las primeras décadas del siglo XX (Trotignon 1976, 213). El catalizador principal de este proceso será el Estado. El crecimiento del poder estatal, la regulación de la vida económica y social a través de una concreta política de planificación –incluida las nacionalizaciones y la promoción del crecimiento demográfico– desembocará en lo que conocemos como el Estado de Bienestar. Así, el denominado saldo positivo de la IV República será, según la mayoría de los expertos, incluidos los convocados por nosotros, el de haber sentado las bases de un largo ciclo de prosperidad económica y progreso social que continuo bajo el gaullismo. Sin embargo, desde el punto de vista político la IV República es, como sugiere Winock, “una república crepuscular” (Winock 2006, 11). Luego del gobierno provisional dirigido por De Gaulle (1944-46) el poder político pasó de la autoridad carismática del General a los partidos políticos, que dominaron la nueva asamblea elegida en 1946. No obstante, los dos principales movimientos políticos, emergentes de la guerra y la ocupación, el comunismo y el gaullismo, se mantendrán fuera del juego institucional y no dejaron de torpedearlo. El partido comunista se consolida como un partido de masas con un fuerte arraigo electoral, que, por la propia dinámica de la guerra fría, no logra traducirse en un mayor peso político-institucional. Por otra parte, el gaullismo, tras un breve intento de modificar el sistema desde dentro (entre 1947 y 1951 se conformó un movimiento político parlamentario de raigambre gaullista), se inclinará por una oposición férrea al “régimen de partidos”. En este marco, los partidos

de gobierno –principalmente, el socialista, los católicos populares y el radicalismo– no podrán garantizar la legitimidad de las instituciones parlamentarias. En rigor, la vida francesa parece transcurrir en dos planos: por un lado, la consolidación del Estado de bienestar y de una exitosa industrialización, y, por el otro, una serie de agudos conflictos que le dan un cariz agónico a las discusiones entre los grupos políticos³. Y, si hablamos de conflictos agónicos, debemos referirnos al principal: la guerra de Argelia.

Por supuesto, toda la política francesa desde la posguerra está atravesada por el problema colonial, pero la cuestión argelina, a diferencia de los casos de Indochina, Túnez, Marruecos, se destacó de un modo particularmente explosivo. El lema “Argelia francesa” inunda a todas las corrientes políticas y espiraliza el conflicto hasta amenazar con la guerra civil. El lema encierra un dilema irresoluble: “asimilación imposible / independencia impensable” (Winock 2006, 75). Dilema que se torna humeante con la aparición, en el contexto mundial de la descolonización, de un movimiento nacionalista potente que logra erigir un “ejército de liberación”. La asimilación devino imposible por la propia historia de la colonización, que supone un tabicamiento social entre la población nativa y la europea y una estructura socio-económica anclada en la explotación. La política liberal de asimilación, es decir, de igualdad política y civil entre los argelinos y los franceses fue siempre detenida por los colonos; y cuando se vuelve el último y único recurso lanzado por la Francia política –de Mendès France a De Gaulle (Lacouture 1981) – para evitar la independencia argelina, es demasiado tarde. La consolidación del nacionalismo argelino volvió obsoleta la política asimilacionista. Al mismo tiempo, la existencia de una población francesa amplia y estable en Argelia, que siente como propia esa tierra, torna impensable la independencia. La red de relaciones entre la Metrópoli y los colonos –los llamados *pieds noire*– es demasiado estrecha y no da ningún margen de maniobra al sistema político francés. Los acontecimientos argelinos están siempre delante de cualquier estrategia política; el resultado es la intensificación de la guerra que acota a un más el margen de los grupos políticos. La intrincada situación destruye las

³ Por ejemplo, la discusión sobre la comunidad europea de defensa (CED), que dividió transversalmente el escenario político, incluso al interior de los partidos políticos, quienes no consiguieron unificar posiciones de cara al proyecto. Véase Button (2004).

consabidas divisiones ideológicas y tiende a pulverizar el de por sí débil sistema de gobierno de la IV República:

En vérité, la question algérienne empoisonne toute la politique française. Elle domine et commande en effet toutes les autres difficultés, elle aggrave les divisions entre les partis. Elle y ajoute surtout les discordes qui opposent les membres d'un même parti. Elle rend plus impossible encore la constitution de toute majorité. (Fauvet 1959, 442)

En rigor, la profundización del conflicto argelino vuelve inviable la IV República, ya que a la crónica inestabilidad ministerial se agrega la desarticulación de la autoridad estatal, su vertiginoso desmembramiento. En ese contexto, ocurre el *putsch* militar del 13 de mayo de 1958 que acaba con la IV. ¿El *putsch* fue un golpe de estado?

Primero, brevemente, los hechos. El ascenso de Pierre Pflimlin a la presidencia del consejo, luego de meses de intentos fallidos para formar gobierno, desata una ola de indignación entre los franceses de Argelia. La fama de liberal de Pflimlin presagia una política de “abandono”; los colonos se lanzan a la calle, ocupan los edificios públicos y claman: “*l’armée au pouvoir*”. En respuesta, los jefes militares toman el poder en Argelia y exigen un cambio de gobierno en la metrópoli que se sintetiza en un llamado a De Gaulle. Desde hacía tiempo, los militares habían confraternizados con los colonos, por eso los unía la misma demanda y el mismo objetivo político: la derrota militar del FLN y la continuación del colonialismo francés. Los militares desobedecen a las autoridades públicas constituidas y amenazan con un desembarco en la metrópoli. No obstante, juegan dos cartas que desestabilizan el corazón de muchos franceses: la Argelia francesa y De Gaulle.

Sugiere Winock que las guerras coloniales de Indochina y Argelia politizan al ejército (Winock 2006, 234), lo transforman en una fuerza política que abandona el tradicional acatamiento de las autoridades civiles y su silencio profesional. Herido por la derrota humillante de 1940 y por la pérdida militar y diplomática de Indochina, una creciente parte del ejército inscribe el combate en Argelia dentro del marco de la defensa de occidente, es decir, como un episodio de la guerra mundial contra el comunismo. En este sentido, construye una ideología que legitima su acción y, al mismo

tiempo, potencia la desconfianza hacia los partidos políticos que pueden, desde el poder estatal, anular ese combate a través de tratativas diplomáticas. Como se ve, la lógica de esa politización converge con el cuadro ideológico-político defendido por los colonos, que también elevan la voz para denunciar como traición y abandono de los políticos de París los intentos de reforma del sistema colonial. Así, el *idus* del 13 de mayo se explica por esta convergencia, por la desafección de los militares respecto a las instituciones republicanas que acaba en la desobediencia y en la imposición de un cambio de régimen legitimado por De Gaulle. Ahora bien, la cuestión del golpe de estado es inescindible de la posición del general De Gaulle; por eso, para poder responder por la relación entre el evidente *putsch* y el supuesto *Coup d'État*, es imprescindible preguntarse por el lugar de De Gaulle dentro de los acontecimientos.

De entrada: ambigüedad. Por un lado, los gaullistas participan activamente en el levantamiento, viajan a Argelia en apoyo de los sublevados, urden junto a los militares la operación “resurrección” que impondrían a De Gaulle si la Asamblea Nacional se negaba a ceder (*Ibíd.*, 222; Soustelle 1969). Sin embargo, por el otro lado, el General De Gaulle maneja los silencios hasta volverse el dominador del escenario; la estrategia: no desaprobó a nadie. En sus *Memoires d'espoir*, el General, reconstruye un cuadro bucólico: retirado en su finca de Colombey, permanece ajeno a los acontecimientos. Su narración pretende negar cualquier participación o aprobación del levantamiento militar, su único rol es el de salvador de la nación (De Gaulle 1970, 19-43). El antigauillismo da la explicación opuesta: el General, desde las sombras, dirige el golpe de estado; “entre De Gaulle y los republicanos está ante todo –y lo estará siempre–, el golpe de estado” (Mitterand 1968, 85). De esta explicación se deduce una interpretación del régimen gaullista como una especie de autoritarismo *sui generis*, heredero del bonapartismo, pivoteando alrededor del “*pouvoir personnel*”.

Como vimos, la argumentación de Linz desecha esta explicación y focaliza su atención en la exitosa transición dentro de la democracia que evita la guerra civil y la dictadura militar. Pero, en su esfuerzo por sostener dicha argumentación, Linz se pliega a la narración gaullista: el De Gaulle de Linz es casi idéntico al De Gaulle de De Gaulle. En este sentido, consideramos, que la cercanía, acaso inconsciente, con el discurso de los actores debilita la interpretación de Linz, ya que deja a un lado los elementos

—para nada democráticos— de coacción y chantaje que posibilitaron el arribo del General al poder. En suma, Linz urde una explicación ingenua de la mudanza entre las repúblicas; amarrado a una concepción sacra de las instituciones, narra hagiográficamente la acción del General De Gaulle. Bucólicamente se reequilibra una democracia bucólica. Así, lo que para el politólogo español es una condición de salvación democrática: la pasividad de la población; para De Gaulle y los gaullistas es una condición que potencia la presión del ejército y aísla aún más a la Asamblea Nacional que se le resiste (Winock 2006, 348).

En rigor, la discusión se nutre de los desacuerdos alrededor de los *niveles de exterioridad* del General respecto a los conjurados de Argel. Si De Gaulle hubiese actuado —o no actuado— como dice que actuó, el cambio de régimen no se hubiese producido. Por otra parte, la acción gaullista no es la de un golpismo convencional, y, evidentemente, los resultados de la misma distan enormemente de los de un golpe de estado. Las convicciones políticas del General De Gaulle incluyen la voz del pueblo. Ese diálogo entre el pueblo y su líder, traducido institucionalmente en la figura del *referéndum*, sin las mediaciones perniciosas de los cuerpos intermedios, es la democracia para De Gaulle. La reforma institucional que da nacimiento a la V República está alimentada por dicha concepción de la democracia, que supone el encuentro entre el liderazgo, entendido como encarnación de la Nación, y el pueblo, comprendido como la voz de la *Nation dans ses profondeurs*. Los partidos, la oposición, el parlamento, los sindicatos, son feudalidades que obstruyen la democracia porque pretenden interferir en el diálogo cuasi sacro entre el pueblo y su líder (Touchard 1976). Pero nuestro tema no es la democracia gaullista. Volvamos a los hechos del 13 de mayo.

Winock, más sutil que Linz, dice sobre los sucesos lo siguiente: “*Si ce n’est pas un coup d’État, cela ressemble bien à un quasi-coup d’État. On serait tenté de dire: un coup d’État de velours.*” (Winock 2006, 349) Es verdad que lo aterciopelado del golpe se entiende a partir de la singular legitimidad del General De Gaulle, que no es considerada desde el vector democrático pero sí desde una cosmovisión nacionalista que incluye al pueblo. De esta manera, si por un lado es factible afirmar que sin el *putsch* militar el fin de la IV República y el arribo de De Gaulle no se hubiesen producido, por otro lado, el propio De Gaulle intentó conducir la corriente golpista hacia un lugar no abiertamente contradictorio con la democracia.

Suprimiendo cualquier teleología podemos sugerir que De Gaulle, sobre todo a través de sus laderos, participa del movimiento golpista sin liderarlo, y, al mismo tiempo, aprovechando su legitimidad personal, pretende conducir la oleada antidemocrática hacia sus particulares concepciones de *lo político* y del juego político. Es más, la subsiguiente disputa entre el líder y los complotados no emergerá de las diferencias entre la democracia y el autoritarismo sino de las posiciones encontradas acerca del futuro de Argelia. En otras palabras, sólo el despliegue contingente de los acontecimientos acabó desembocando en la V República, porque nadie puede asegurar que hubiese pasado con las “convicciones” democráticas del General si la Asamblea y el gobierno de Pflimlin hubieran resistido hasta el final el embate de los conjurados. Por tanto, los prerequisites que enumera Linz para que una democracia alcance su reequilibramiento, centrados en la convicción democrática del líder, son apenas elementos contingentes de una coyuntura precisa, difícilmente extrapolables a un modelo explicativo. Dicho esto, es momento de ver los eventos al calor de las discusiones intelectuales.

III. Debates intelectuales: grandes conceptos y tradición política

Para comenzar, una breve semblanza del campo intelectual que se estructura en la segunda posguerra y, alrededor de 15 años después, acaba sufriendo una grave desestructuración, entre otras razones, gracias a los acontecimientos que parieron a la república gaullista.

Durante 1944-45 el lema del diario *Combat*, surgido de la resistencia y dirigido por Albert Camus y Pascal Pía, era “de la resistencia a la revolución”, frase guía que permite visualizar el clima de ruptura radical que se respiraba en aquellos años. Ese clima redundaba, para toda una generación intelectual, en la suprema legitimidad de la posición intelectual de izquierda, y suponía dos exigencias: establecer una relación con el Partido Comunista y abordar los problemas de actualidad.

Anna Boschetti (1990), en su ensayo sobre la trayectoria de Sartre, ha bosquejado esta evolución del campo intelectual que eleva la situación política a primer plano. No se trata de una pérdida de la autonomía del campo, sino de una redefinición de los valores de legitimidad intelectual que

ya no se establecen meramente por la potencia de las ideas. Ahora la postura política cuenta. Sin embargo, a pesar de la centralidad de la coyuntura política como presión externa sobre el campo intelectual, el proceso de consagración se sigue instituyendo desde las reglas y los méritos propios del campo. Así, el Partido Comunista no podrá transformar su potencia electoral y política adquirida en 1945 en una hegemonía intelectual. Los intelectuales de izquierda no afiliados al PC van a ser los que ejerzan la conducción simbólica dentro del campo. En este sentido, una de las principales tensiones en el interior del orbe intelectual emergerá de la doble legitimidad que se establece en el círculo de las relaciones entre lo simbólico y lo político: por un lado, los mandarines del PC con legitimidad política pero sin legitimidad intelectual, y, por el otro, los hombres de letras con legitimidad intelectual pero sin legitimidad política. Este hiato estructura todas las relaciones del campo intelectual de posguerra en Francia (Boschetti 1990, 107). Ahora bien, dicha estructuración va a resquebrajarse con la consolidación de la hegemonía gaullista y la irrupción de la ola estructuralista que pone en cuestión el estilo propuesto por el intelectual humanista. No obstante, nosotros, como anunciamos, buscaremos intelegir los sentidos del debate intelectual alrededor del tríptico inescindible: guerra de Argelia, levantamiento del 13 de mayo y lugar de De Gaulle. El peso de la estructura que forjó al campo intelectual desde la posguerra explica una parte no menor de las posturas de cara al 13 de mayo, pero la novedad del suceso obliga a ensayar otras enunciaciones. La combinación entre posturas adquiridas que se repiten y la exigencia de elaborar una reflexión nueva debido al carácter sin precedentes del hecho es lo que trataremos de dilucidar, siguiendo los escritos de cuatro renombrados actores del campo, cuyas posiciones abarcan casi la totalidad del arco político-ideológico e intelectual⁴: François Mauriac, Jean Paul Sartre, Raymond Aron y Maurice Merleau-Ponty.

Comencemos por las posiciones polares expresadas por Mauriac y Sartre. Gaullismo y antigauillismo. Sin embargo, dichos compromisos no se

⁴ La ausencia de Albert Camus se debe a la complejidad de su posición, sobre todo, en relación a la guerra de Argelia; complejidad que, por otra parte, se superpone con algunos rasgos de las posturas de varios de los intelectuales que vamos a considerar y cuya singularidad, de encontrarse, ameritaría casi un apartado, situación que escapa a los propósitos de este trabajo. Para indagar sus compromisos públicos ver Camus (1965).

deducen de un bloque compacto, por ejemplo: Mauriac figura intelectual de la tradición monárquica y católica francesa quien se desemboca en el gaullismo, y Sartre representante del jacobinismo republicano. No. Mauriac no pertenece a la constelación política maurrasiana. Y De Gaulle, al que a veces se lo consideró un “oficial maurrasiano”, recibirá los denuestos de esa tradicional configuración de la derecha francesa (Touchard 1978, 315). Por el contrario, Mauriac viene del catolicismo social, humanista y de tendencia progresista. Inicia su compromiso político a partir del rompimiento con el catolicismo oficial debido a la guerra civil española; toma partido por la República. Será gaullista durante la ocupación nazi y, con la posguerra, buscará erigir un humanismo político crítico del comunismo y del liberalismo. Trayectoria similar a la de Albert Camus, pero desde el costado católico. Si André Malraux expresa desde lo intelectual un puerto de llegada al gaullismo navegando desde la rivera izquierda, Mauriac representa el otro polo del progresismo que acaba en el movimiento gaullista. Lógicamente la crítica especular del comunismo y el liberalismo lanza la flecha hacia el gaullismo. Pero Mauriac será también un crítico tenaz del colonialismo francés y denunciará la represión del ejército francés en Argelia. Así, de la línea inaugurada por André Gide en su *Viaje al Congo* se desprenden varias vertientes: la de izquierda que expresa como nadie Sartre y también la del catolicismo progresista encarnada por Mauriac. Éste seguirá con fruición el derrotero trágico de la conflagración argelina hasta arribar a la conclusión de que sólo De Gaulle podrá recuperar la dignidad de Francia. Desde febrero del 58 toma partido abiertamente por De Gaulle, abandona *L'express* – semanario político que nucleaba a la izquierda intelectual y donde Sartre escribirá contra la naciente V república– para llevar sus crónicas, llamadas *Bloc-Notes*, a *Le Figaro*, medio favorable a la solución gaullista. Para Mauriac, De Gaulle es el garante de la unidad de Francia, una especie de hombre del destino. Así, el humanismo católico de nuestro escritor Nóbel se confunde con la propuesta política liderada por el General De Gaulle (Mauriac 2004).

Acaso como un remedo de su visión católica del mundo, Mauriac interpreta el proceso que involucra a la guerra de Argelia, el levantamiento del 13 de mayo y el advenimiento del General De Gaulle como un camino de expiación y salvación. La guerra de Argelia es denunciada moralmente como síntoma de la decadencia francesa; las torturas y la rebelión militar de

Argel se sintonizan en la cadena de destrucción de la ética pública que es el sustento de las instituciones. La ferocidad de la guerra argelina acaba con las instituciones, la política queda reducida a una cuestión de hombres. En ese contexto de política *ad hominen*, la figura de De Gaulle se acrecienta; su legitimidad personal es la garantía de la continuidad nacional. Por eso, no importa el grado de compromiso del General con el pronunciamiento de Argel, ya que lo destacable es la capacidad única del líder para unir (*rassembler*) de nuevo al pueblo con su estado. La opción: De Gaulle o la destrucción nacional, es defendida y agitada por Mauriac. Precisamente contra esa opción se rebela Sartre.

En este sentido, las actitudes son antagónicas. Lo son menos si observamos las posturas respecto a la guerra de Argelia. Como se sabe, el autor de *La náusea* escribirá, y mucho, contra la dominación colonial francesa; acompañando, es verdad, el desarrollo de los acontecimientos. La campaña contra la tortura en Argelia y el contacto con la red Jeanson, que apoyaba desde París al FLN, impulsarán a Sartre hacia una radical crítica del colonialismo, de la guerra, y a un apoyo explícito de la independencia argelina (Cohen-Solel 1990, 477-512). La apuesta por la liberación de Argelia y la legitimación de la violencia del FLN pretenden politizar la denuncia de las atrocidades cometidas por el ejército francés. El abnegado compromiso sartreano con la causa argelina es, si se quiere, una especie de sustituto para la orfandad política en la que ha caído tras el intento fallido de colaboración amistosa con el Partido Comunista Francés. La invasión soviética a Hungría hace estallar esa colaboración, pero no detiene la medular búsqueda política sartreana: la configuración de un Frente Popular. En efecto, toda la discusión de los intelectuales progresistas desde la posguerra gira alrededor de la forma de producir la unión de las izquierdas. Cerca o lejos del PC, el problema es el mismo. Pero es un problema insoluble en el contexto francés de los años 50. Así, el levantamiento del 13 de mayo agarra a Sartre en el camino de vuelta de su período de simpatía estrecha con el comunismo, es decir, sin cobijo político.

Los tres textos representativos del momento –“El pretendiente”, “La constitución del desprecio” y “Las ranas que piden un rey” (Sartre 1964) – siguen la misma línea. La primera, común a toda la izquierda política e intelectual, es la interpretación del suceso: el 13 de mayo se produjo un golpe de estado y De Gaulle se apalanca en él para acceder al poder: “el

juego de las instituciones democrática se ha violado radicalmente” (Sartre 1964, 96). La segunda, surge del antagonismo entre la república y la figura del General De Gaulle: “Un gran hombre honorario es peligroso para una nación: incluso aun cuando se haya recluso en un pueblo solitario.” (*Ibíd.*, 89). La mera presencia del “pretendiente” aplasta a la república, puesto que obtura la posibilidad de la libre elección y de la ciudadanía democrática. El análisis del *referéndum* sobre la constitución va en ese sentido: un chantaje que obliga elegir entre un hombre y la nada, sin poder exigir la discusión y la opción entre una política u otra. De Gaulle es el monarca, “el hombre-unanimidad”, él oculta los conflictos, es un soporífero para el pueblo. Es cierto, la IV República está bien muerta, pero De Gaulle encarna el *réquiem* de cualquier posibilidad republicana, es un Bonaparte redivivo. Sartre comparte cabalmente el sentido común progresista que inscribe al gaullismo en el bonapartismo y no ahorra paralelismo entre el 13 de mayo y el 18 brumario. En efecto, el filósofo replica en algún sentido la interpretación marxiana del golpe de Luis Bonaparte. No obstante, la crítica encuentra su punto ciego en la ausencia de una alternativa republicana. Como vimos, para Sartre ésta se confunde con el Frente Popular, pero: “Entre nosotros, desde el tercer día, comprendí que los socialistas odiaban en el mundo una cosa más que la esclavitud, la muerte y la humillación del país; era el Frente Popular” (*Ibíd.*, 91). Tres días después del 13 de mayo, Sartre finge saber que el Frente Popular es imposible. Y, a pesar de la distancia con el PC, en este punto nuestro autor permaneció siempre más cercano a las tesis de los comunistas: el Frente es imposible por la deriva burguesa del socialismo francés. Ahora, constatada la imposibilidad, la suerte está echada. Los artículos expanden ese aroma pesimista; y, en realidad, bajo la pluma sartreana acaso se confunda la muerte de la izquierda con la muerte de la república. Porque la república debe ser social para ser auténticamente republicana, o sea, los trabajadores son los únicos herederos legítimos de la Revolución francesa. Pero ocurre, que la mayoría de los trabajadores encuentran su representación política en el PC, partido excluido del juego político y confinado a la soledad. Esa exclusión falsea a la república, le resta carnadura y la deja a merced de la gran burguesía. Por eso, para Sartre, la renovación de la vida pública, la consolidación de una república social, sólo puede surgir de una articulación fructífera con el PC. No obstante, y no hay que dejar de remarcarlo, el problema del carácter autoritario del partido, su

filiación staliniana, es apenas abordado por Sartre; solo hay alusiones a la desestalinización del PC ¿y después? A veces el Frente Popular declamado y reclamado por el sartrismo se parece más a una fantasmagoría ideológica que a un programa de acción política. Es la crítica de Merleau-Ponty.

Como sea, para el amplio conglomerado de las izquierdas, a un lado la cerrada militancia comunista, existe la opción de resistencia ofrecida por Sartre, quien persiste en la prosa revolucionaria, y también existe el camino gaullista, en la senda que va de Malraux a Mauriac. ¿Hay una tercera opción? Desde el juego político Mendès France asomará como alternativa y Merleau-Ponty hará una traducción intelectual de fenómeno en ciernes.

Los trabajos de Merleau-Ponty sobre la aguda crisis que estalla el 13 de mayo se articulan a partir de una triple oposición: fascistas de Argel / De Gaulle, De Gaulle / Mendès France, / Mendès France / comunismo. El movimiento militar de Argelia despliega toda una concepción de la historia basada en una psicología de la subversión: por el mundo se expande como una mancha la sedición comunista que amenaza a la civilización occidental. Los ideólogos del pronunciamiento la ven por doquier, es necesario frenarla por todos los medios. Merleau-Ponty crítica el tipo de politización del ejército, que nosotros subrayamos a partir del texto de Winock, y su deriva nihilista, que, como no puede ser de otra manera, acaba coagulando en una visión fascista del mundo. Esta psicologización de los problemas políticos y sociales es antagónica respecto a la concepción gaullista; es la diferencia entre el *homo psychologicus* y el *homo historicus*, dice Merleau-Ponty. No hay lazos entre los objetivos del *putsch* y la política gaullista; los primeros expresan el fascismo y el segundo una metafísica del líder y del pueblo, que, sin embargo, no alcanza para renovar la república. De Gaulle no es la dictadura, como cree Sartre y la izquierda progresista y comunista, pero su visión de la política es añeja y adolece de una falta de radicalidad republicana. Así, Merleau-Ponty, sin quitar explícitamente a De Gaulle del campo republicano, le antepone a Pierre Mendès France. La política que verbaliza De Gaulle para Argelia es apenas una continuación de la llevada adelante por Mendès France para el caso de Túnez en el año 54 y la alternativa al “régimen de los partidos” no es la metafísica del hombre solo que dialoga con la Nación y el pueblo sino una revitalización de la vida pública, una potenciación del nervio democrático de la sociedad. Por eso

dirá que De Gaulle “es demasiado joven para ser nuestro padre”, y sobre la política mendesista señalará lo siguiente:

Concebía el gobierno como una iniciativa que une, la acción como un movimiento que no puede ser atosigado instante por instante, pero que se arregla citas con la Nación; organiza su propia pedagogía, y la va demostrando a medida que se desarrolla. Eso es un poder vivo y no la fulguración en el Sinaí. (Merleau-Ponty 1960, 434)

Se observa la diferencia. De Gaulle no es meramente un canal para que se instale en Francia la lógica de poder de los militares –como surgiera Sartre–, pero tampoco expresa una alternativa de renovación de la vida democrática francesa. Merleau-Ponty esboza una crítica republicana al poder personal y le opone el estilo político de Mendès France, o sea, un estilo que no condensa las decisiones en el soliloquio del gran hombre con la Historia, sino que, por el contrario, las abre a la participación y al debate público. Se trata, en realidad, de dos concepciones del pueblo. En la gaullista, el pueblo comprende las razones del líder y lo acompaña; en la mendesista, el pueblo agranda su potencia a través de un poder vivo que organiza una práctica de la libertad. Pero el estilo mendesista fue como un pistoletazo para la política francesa. Es crucial, entonces, para Merleau-Ponty, enraizarlo en las instituciones de la Nación. En este sentido, y descartada la opción gaullista, la invención de un pueblo y de las instituciones que lo expresen debe necesariamente enfrentarse a la cuestión del comunismo, o mejor, al firme lazo, representativo y hasta afectivo, establecido entre el pueblo trabajador y el PC. Es el mismo problema que vimos en Sartre. Sin embargo, Merleau-Ponty juzga ilusorio la constitución de un Frente Popular si el Partido Comunista no se reforma. Reforma interna: abandono de la lógica política staliniana; y reforma externa: terminar con la fraseología revolucionaria que desemboca en una mera política de obstrucción y asumir la responsabilidad de una transformación efectiva. El combo que redundaba en el autoritarismo del PC, en el apoyo de los trabajadores y en la marginación del Partido del juego político vuelve imposible la democracia. La vida pública no podrá renovarse si el PC no ingresa de lleno en el escenario político. Para ello, Merleau-Ponty demanda

cambios, cuya consecuencia parece apuntar al entendimiento entre el comunismo y la política balbuceada por Mendès France.

Esta es la alquimia merleau-pontyana: una apuesta política que pretende surfear la oposición gaullismo / comunismo y encuentra en la figura de Mendès France el índice de otra política, y no sólo para la Francia metropolitana; ya que respecto al conflicto argelino, Merleau-Ponty enarbolará una propuesta política liberal, ajustándose a la línea mendesista –que luego asumirá De Gaulle–: “Yo no deseo que Argelia, el África negra y Madagascar se conviertan sin más tardar en países independientes (...) deseo inmediatamente regímenes de autonomía interna o de federalismo, como transición hacia la independencia, con plazos y etapas previstas” (Merleau-Ponty 1960, 416). Para nuestro autor, la independencia total de esos países es una quimera. La mayoría de ellos optará por el soviétismo, que, vistos los resultados en el este europeo, no ofrece demasiadas alternativas para las dificultades del subdesarrollo. La crítica merleau-pontyana al comunismo y a la promesa revolucionaria se cuele aquí (Merleau-Ponty 1955). Una vez asumida esa crítica, no se puede deducir que la independencia y la construcción del socialismo sean una opción viable para, por ejemplo, Argelia, como pretendía Sartre. No obstante, Merleau-Ponty, como vimos, denuncia el clima fascista de agitación colonialista que se desprende del lema aglutinador “Argelia francesa”. Entonces, si el colonialismo está acabado y la independencia es inviable, la opción es ese régimen transicional que combinará la soberanía política y la colaboración económica, con el objetivo de dotar a las antiguas colonias de los medios materiales para soportar luego su vida independiente. En suma, el filósofo imagina una mutación de la explotación colonial a una especie de plan Marshall para los territorios franceses de ultramar. Una completa inversión histórica.

En suma, la interpretación merleau-pontyana de los sucesos se desprende de su desconfianza frente a la ascensión del poder personal gaullista y de su aguda crítica del imaginario revolucionario. Ambas lo arrojan hacia un compromiso republicano y democrático y a un constante ejercicio de secularización de las metafísicas de la Nación y la Revolución. Tarea intelectual y política que se realiza dentro del horizonte proyectado por Pierre Mendès France.

Raymond Aron está al mismo tiempo cerca y lejos de la interpretación y de la propuesta merleau-pontyana. Cerca, por la posición frente a la guerra de Argelia y al *putsch* del 13 de mayo, pero lejos, por la salida entrevista para el intrínquilis argelino y por la noción de república, que predispone a Aron de una manera distinta de cara a De Gaulle. Como Merleau-Ponty, Aron se preocupa menos en condenar el colonialismo francés que en atisbar una alternativa para el dilema francés sobre Argelia: integración imposible / independencia impensable. En su breve ensayo *La tragedia argelina* (publicado originalmente en 1957), Aron parte de la constatación histórico-política del primer lado del dilema; en efecto: la integración es imposible. Con datos demográficos, económicos e históricos, el autor muestra que la evolución de los pueblos es divergente y ningún empeño político podrá lograr hacerlos converger. En consecuencia, el objetivo del ensayo es tornar audible para la opinión pública francesa la independencia de Argelia. Primero, evidenciando que Argelia no es Francia; segundo, llamando la atención sobre el carácter ruinoso de la guerra para la economía francesa, su imposible sostenimiento; tercero, que el reconocimiento de una personalidad argelina es una manera de confesar la futura existencia de un Estado argelino; y cuarto, que dadas las condiciones de la guerra —que produjo una división irreconciliable entre franceses y musulmanes— es inviable cualquier política liberal. De todo ello, Aron deduce que la consumación de la independencia es inevitable y, de lo que se trata, es de animarse a reconocerlo, de asumir un “heroísmo del abandono” (Aron 2005, 588). Para Aron, la política liberal de autonomía interna y ayuda económica propiciada por Merleau-Ponty es ilusoria, o abstracta, debido a los efectos que tiene la guerra sobre el cuerpo social. Francia no tiene los medios económicos para comprometerse en la elevación del nivel de vida de los argelinos y las secuelas de la guerra no dejan lugar para un intento de compartir soberanía: la existencia misma del FLN y de los “ultras” de la “Argelia francesa” expresan concretamente esa imposibilidad. La negociación con los nacionalistas a partir de una hoja de ruta que conduzca a la constitución de una nación soberana argelina es la opción correcta para Aron. Lejos de Merleau-Ponty, entonces, y cerca de Sartre, aunque con argumentos casi opuestos. Como sea, las razones prosaicas de Aron se encuentran en la misma vereda del sartrismo, quien, a través de la narración

revolucionaria, había llegado a la misma conclusión. No es el caso, por supuesto, respecto a De Gaulle.

Como más adelante lo reconocerá el propio Aron, esa apelación al “heroísmo del abandono” era un llamado inconsciente a De Gaulle (Aron 1983, 169). Así, aunque incomodo con el “modelo de llegada”, Aron tenderá a matizarlo a fin de vislumbrar a De Gaulle como el hombre capaz de concluir la guerra de Argelia. La participación gaullista en la conjura es relativizada, y se pone en primer plano la idea de un “salvador legal”. El liberalismo aroniano es ajeno, a diferencia de Mauriac, al imaginario gaullista de la mística nacional salvífica; sin embargo, apela a la idea de salvación legal en el sentido romano del dictador. No hay contradicción entre De Gaulle y la república, aunque si una mutación dentro de las tradiciones políticas francesa: del republicanismo de asamblea al bonapartismo democrático. El pueblo como problema, enigma, y sostén de una república democrática no tiene lugar en el esquema interpretativo aroniano. Por eso, su lectura se acerca a la de Linz, en donde el pueblo es un actor pasivo, su ausencia es la paradójica garantía de la continuidad democrática, y De Gaulle una variación del Cincinato romano, aunque con no pocos flecos cesáreos. El curso sobre *Democracia y totalitarismo* muestra tal cercanía y el prólogo posterior de 1965, cuando el curso se transforma en un libro, lo confirma: la transición de la IV a la V República representa un modelo similar al derrumbe de Weimar y la irrupción del III Reich, pero en sentido opuesto (Aron 2005, 1219-26).

Las cuatros posturas intelectuales que repasamos convergen en el rechazo al magma de la “Argelia francesa”; para todos ellos ese lema es incapaz de enarbolar una política coherente y solo puede desembocar en la guerra total. Crítica de la opción militar entonces, o lo es que lo mismo, de la llamada, eufemísticamente, “política de pacificación”. Lógicamente de esta mirada puede deducirse la indisposición frente a un suceso como el del 13 de mayo; expresión fulgurante y amenazante de la “Argelia francesa”, los cuatros autores rechazan el *putsch*. Ahora, el problema, evidentemente, es De Gaulle. Allí, los caminos se bifurcan porque suben a escena las diversas concepciones de *lo político*. Para Mauriac, *lo político* se entrelaza con la *Nación*, para Aron con la legitimidad de un *sistema de gobierno*, para Sartre con la *revolución* y para Merleau-Ponty con la *república popular*.

Portador de una incuestionable legitimidad nacional, De Gaulle debía ser aceptado por Mauriac, quien concibe *lo político* a partir del genio nacional. Una Nación como conjunto histórico, con toques románticos, pero no esencialista ni racista. Visión de lo nacional que coincide casi punto por punto con el nacionalismo gaullista. Atento a la legitimidad y la eficacia de un régimen político, entendido como un sistema rotativo –electivo o no– de elites; Aron deja hacer a De Gaulle. Convencido de la inviabilidad de la IV y temeroso del curso de la guerra, que amenaza la unidad nacional, apuesta por el General como guardián de las instituciones legales, y, sobre todo, como un dique frente al ascenso de los extremos. Aron, nunca demasiado a gusto con el carisma gaullista, con su mística nacional, concibe la estructuración de la V República como la recreación de una elite política. Abocado a la reconfiguración de la izquierda, siempre en clave revolucionaria, Sartre, aunque no se prive de lanzar reparos legales, comprende el arribo gaullista como un ahogo para el aliento revolucionario. Ese es su horizonte de miras: un Frente popular francés y el FLN juntos, derribando el poder burgués. Así, el problema para Sartre no es la legitimidad o legalidad de la transición de la IV a la V, sino el de atisbar por qué el pueblo trabajador no sale a la escena pública y, casi pasivo, asiste a las trapisondas de los militares y De Gaulle. Esa ausencia notoria falsea cualquier apelación republicana. Finalmente, ¿cómo urdir la aparición del pueblo ya no como torrente revolucionario sino como garante efectivo de una acción democrática que recree las instituciones republicanas? Interrogación que ronda los escritos de Merleau-Ponty. Las contradicciones insuperables del marxismo, cuando éste deviene régimen político, impiden confundir el arribo del pueblo con la dictadura del proletariado; pero tampoco el pueblo se configura meramente en el dialogo con el líder. Ambas nociones están reñidas con una concepción conflictual de lo político que hace de lo público un espacio abierto; en otras palabras, un espacio que no puede resistir una dictadura proletaria o un árbitro nacional. Para Merleau-Ponty, De Gaulle traba la posibilidad de una constelación conflictiva entre pueblo y república. En suma, si la IV es una república sin pueblo, el gaullismo imagina un pueblo a costa de la vida republicana.

IV. Conclusión

Pierre Rosanvallon realizó una eficaz reconstrucción histórica del “modelo político francés” (2007). Más allá de la caricatura tocquevilliana – que supone un poder estatal arrasador y una sociedad atomizada –, el ensayo pretende dinamizar la doble historia de Francia: la de las instituciones y la de la sociedad civil; para alcanzar el verdadero semblante del modelo político francés. Se trata, dirá Rosanvallon, de la consolidación de un *jacobinismo enmendado*. Luego del momento de la generalidad utópica, en el apogeo de la Revolución francesa, durante el transcurso del siglo XIX comienza a matizarse la impronta jacobina –entendida como el proceso de centralización estatal. Son las enmiendas liberales al universalismo jacobino: asociaciones, corporaciones modernas, sindicatos. Enmiendas que dotan de un grado de mayor autonomía a la sociedad civil respecto al Estado. Pues: “1945 señala una fecha importante: la de la estabilización del modelo político francés en la forma de ese jacobinismo enmendado (...) A todas luces no quedará inmovilizado, pero sus rasgos esenciales ya no variarán” (Rosanvallon 2007, 333).

Como se observa, para una mirada atenta a las matrices histórico-políticas el acontecimiento del 13 de mayo, el fin de la IV República y el arribo del gaullismo, no merecen destacarse. Y, desde el punto de vista de Rosanvallon, podrá decirse que las discusiones que nosotros repasamos se inscriben dentro del “modelo”. El esquema del libro derriba la clásica distinción entre la tradición republicana y la monárquica. Los críticos y opositores a De Gaulle hablan de monarquía y bonapartismo y se reservan para sí el legado republicano. Pero, si nos situamos en el corazón del modelo político francés, como hace Rosanvallon, vemos que, en el caso del gaullismo y en el de sus opositores de izquierda, habita la misma pulsión estatista. De Gaulle defiende la universalidad de lo público-estatal y denuncia a los partidos, sindicatos, asociaciones, como cuerpos intermedios hostiles al Estado, a los que despectivamente llama “feudalidades” (De Gaulle 1970, 156). La izquierda antigauillista hace hincapié en el “poder personal” que lastima la universalidad de la ley. La crítica de la figura del árbitro nacional se realiza desde la tradición universalista heredera del jacobinismo, que denuncia como ilegítima cualquier particularidad

(Mitterand 1968, 129).⁵ Existe una convergencia, más allá de los estiletaos, que deviene de la concepción del pueblo. El pueblo uno, unánime, coincide con el universalismo estatal. En el caso del gaullismo es muy claro. La izquierda le antepone la clase, pero ésta no es más que otra forma del *uno*.

En este sentido, y para concluir, nos gustaría situar a “nuestros intelectuales” en el seno del debate sobre el modelo político francés, para ver cómo desde escritos coyunturales puede atisbarse toda una concepción de *lo político* divergente, por otra parte, de la mirada politológica esbozada por Linz. En otras palabras, al reponer algunas de las discusiones intelectuales logramos restañar la historicidad de los sucesos, que se pierde en la analítica modélica de Linz, a fin de atisbar una historia conceptual de *lo político* (Rosanvallon 2003)

Parejas de opuestos: Mauriac y Sartre expresan cabalmente ese universalismo, y son claramente herederos de los relatos que inaugura la Revolución Francesa: el de la Nación y de la Revolución. Por eso, sus anclajes particulares deben traducirse en una constelación universal. El hombre De Gaulle encarna la universalidad nacional, en el caso de Mauriac. Y para Sartre, sus “compromisos” –la lucha por la independencia argelina, la militancia junto a los grupos políticos de izquierda– se validan en cuanto estas figuras particulares portan la posibilidad de lo universal: la Revolución. Ambos pensamientos entroncan con el jacobinismo francés, o si se quiere, representan desde lo intelectual ese imaginario político.

Aron y Merleau-Ponty desconfían del modelo político que hermana el doble universalismo de la legitimidad estatal y del pueblo uno. Ambos critican la generalidad utópica que pretende limar la rugosidad de lo social, e intentan reponer, diremos hoy, la conflictualidad de *lo político* que se sustrae al consenso del *Uno*. No obstante, mientras Aron lo hace diluyendo la figura del pueblo en un conjunto de intereses contradictorios – inscribiéndose en el protoliberalismo del republicanismo madisoniano o subrayando la opción por “la libertad de los modernos”– Merleau-Ponty pretende reponer una idea de pueblo capaz de soportar el conflicto. La república aroniana es una república sin pueblo; ese es su liberalismo. Y desde allí se diferencia del “jacobinismo enmendado”, poco liberal. Existen

⁵ Para conocer las raíces históricas de la desconfianza hacia el poder ejecutivo, ver Rosanvallon (2007, 85-8).

las clases como grupos sociales diferenciados e interesados, pero jamás un pueblo político como garante de la libertad pública. Aron parte de la imagen jacobina de la división entre el Estado y la sociedad (lo universal y los intereses particulares) para reclamar moderación, cuando emerge una pugnan entre o al interior de cada uno de los polos, y para exigir una profundización en el camino de las enmiendas. Por el contrario, Merleau-Ponty, sin dejar de asumir el espesor de intereses contradictorios, busca ir más allá, esto es, hacia una remoción republicana de la idea republicana tal como se configuró en Francia (Nicolet 1994). Porque es inviable una concepción de la república como universalidad sin conflicto, como un “*universel de surplomb*” dirá, filosóficamente, nuestro autor. Esa república muere con la IV; tampoco una república como colectivo revolucionario –el grupo en fusión– al estilo sartreano. Se trata de un republicanismo de raíz maquiaveliana. Es decir, a partir de una noción de *lo político* como efecto de la contingencia y el conflicto, de una crítica del universalismo jacobino y marxista y de una puesta en consideración de la acción de gobierno de Mendès France, Merleau-Ponty urde –no de manera sistemática, desde ya– una política reformista capaz de reconciliar a la república con la libertad popular; o, tomando como eje el estilo mendesista, de plantearse una transformación en la dimensión institucional de la política: “la cuestión es encontrar instituciones que implanten en las costumbres está práctica de la libertad” (Merleau-Ponty 1960, 435). Frase bien republicana: instituciones, costumbres y libertad. Pero insisto, no el republicanismo estatista, hijo de la centralización jacobina, ni la república proletaria, las en ese entonces llamadas “democracias populares”, ni la república sin pueblo, que sólo contempla las libertades negativas, sino un republicanismo popular que tajea la unanimidad del pueblo y reduce la eficacia de la universalidad soberana; una república configurada, en la senda de Maquiavelo, en cuanto producción institucional de *lo político* cuya savia es el insuperable conflicto.

Referencias

- Abensour, Miguel. 2008. *Lettre d'un "révoltiste" à Marcel Gauchet converti à la "politique normale"*. París: Sens & Tonka.
- . 2009. *Pour une philosophie politique critique*. París: Sens & Tonka.

- Aron, Raymond. 1983. *El observador comprometido*. Buenos Aires: Emecé.
- . 2005. *Penser la liberté, penser la démocratie*. París: Gallimard.
- Boschetti, Anna. 1990. *Sartre y “Les temps modernes”*. Buenos Aires: Nueva visión
- Button, Philippe. 2004. “La CED, l’affaire Dreyfus de la quatrième république?”. *Vingtième siècle, Revue d’histoire* 84.
- Camus, Albert. 1965. *Essais*. París: Gallimard-La Pléiade.
- Cohen-Solel, Annie. 1990. *Sartre. Una biografía*. Buenos Aires: Emecé.
- De Gaulle, Charles. 1970. *Memoires d’espoir*. París: Plon.
- Dosse, François. 1995. *Histoire du structuralisme. T II*. París: La Découverte.
- Fauvet, Jacques. 1959. *La IV° République*. París: Fayard.
- Gauchet, Marcel. 2002. *La démocratie contre elle-même*. París: Gallimard
- Lacouture, Jean. 1981. *Pierre Mendès France*. París: Seuil.
- Lefort, Claude. 2007. *Le temps présent. Ecrits 1945-2005*. París: Seuil.
- Linz, Juan. 1987. *La quiebra de la democracia*. Madrid: Alianza.
- Mauriac, François. 2004. *D’un Bloc-Notes à l’autre*. París: Bartillat.
- Mendès France, Pierre. 1963. *La República moderna*. Madrid: Aguilar.
- Merleau-Ponty, Maurice. 1955. *Les aventures de la dialectique*. París: Gallimard.
- . 1960. *Signes*. París: Gallimard.
- Mitterrand, François. 1968. *El golpe de estado permanente*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.
- Nicolet, Claude. 1994. *L’idée républicaine en France (1789-1924)*. París: Gallimard.
- Rosanvallon, Pierre. 2007. *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo, de 1789 hasta nuestros días*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- . 2003. *Por una historia conceptual de lo político*. México: FDE.
- Sartre, Jean Paul. 1964. *Situations IV*. París: Gallimard.
- . 1964. *Situations V*. París: Gallimard.
- Soustelle, Jacques. 1969. *Veintiocho años de gaullismo*. Buenos Aires: Nuestro siglo.
- Touchard, Jean. 1978. *Le gaullisme. 1940-1969*. París: Seuil.
- Trotignon, Yves. 1976. *La France au XX° siècle. Tome I-jusqu’en 1968*. París : Bordas.

Winock, Michel. 2006. *L'agonie de la IV^o République. Le 13 mai 1958.*
París: Gallimard.